



El destino final de Dayu Matsumura

Ángeles en Tokio III

Naru Ishida

No está permitida su libre distribución ni intento de plagio.

www.naruishida.com



Capítulo 13

Las huellas del pasado

Le encantaba contemplarse en el espejo, sus bellas facciones, podría estar así horas. Dayu siempre se observaba con orgullo, pero aquella mañana vio algo que llamó su atención y que no le gustó nada de nada.

Una cana.

Ahí estaba, sin duda, entre toda su melena rojiza apareció aquel maldito pelo de color blanco, solo uno. Dayu chascó la lengua molesto y tomó el pelo entre sus dedos para arrancarlo, y así lo hizo. Extrañado lo contempló ahora con cierto interés. Él era un ángel, lo que significaba que no podía envejecer, por lo que... ¿qué significaba aquello?

De repente recordó a Asher, su hermano, quien tenía muchas canas entretetadas en un pelo gris. El contenedor de Lord Azazel.

Ahora Dayu abrió mucho los ojos y los entrecerró, cerrando los puños con fuerza, pues había caído en la cuenta.

— No solo basta con oír tu maldita voz... ahora también esto —musitó por lo bajo. Parecía a punto de explotar. Comenzó a respirar entrecortadamente y tiró el pelo al lavabo para, a continuación, coger un taburete que tenía al lado y estamparlo con gran fuerza contra el espejo, el cual se hizo añicos. Una indescriptible furia le hacía hervir ahora la sangre.

— ¡No vas a poseerme! ¿Lo oyes maldito bastardo? ¿Puedes oírme? ¡No me tendrás, nunca! — Rugió con desesperación— Nunca...

Terminó apoyando la espalda contra la pared y se deslizó por la misma despacio, quedando en cuclillas. El llanto afloraba y al ver que alguien entraba se tapó la cara con los brazos. Seiya, asustado, se puso a su altura.

— ¿Qué ocurre? Te oí gritar y un estruendo que... —observó el destrozo.

— No... No pasa nada —balbuceó mientras intentaba ponerse en pie, secando a la vez sus lágrimas.

— Dayu... por favor cuéntamelo.

Seiya mantenía las manos apoyadas en sus brazos, intentando sostenerle aunque era difícil, pero finalmente Dayu respiró hondo y se sostuvo en pie. No, no quería ocultarle nada y si pretendía hacerlo era para no preocuparle. Pero aquello ya estaba llegando demasiado lejos, necesitaba decirlo.

— Él... me está poseyendo... lo siento, dentro de mí, como antes... Seiya.

Se miraron a los ojos y Seiya reprimió el impulso de llorar, pero se mantuvo fuerte.

— No, Dayu... tienes que luchar, tú no eres él, no lo eres.

— No lo soy, pero el vínculo es demasiado fuerte.

— Estaré a tu lado, pase lo que pase —gimoteó mientras le abrazaba, luego susurró contra su pecho— No lo permitiré...

Ahora Dayu le observó con cierto asombro, aunque sabía lo que ya sentía por él aún no podía casi creerlo. A pesar de todo, a pesar de lo que era, él le seguía amando, con un amor totalmente sincero, puro. Dayu le separó y le observó con su mirada verde y cristalina, su gesto era duro y cautivador al mismo tiempo.

— Seiya, ayer Asher me habló de un lugar donde pasó su infancia... como Azazel. Hoy mismo quiero ir allí, debo averiguar más sobre él, quizás así descubra su punto débil, no sé... siento que debo ir.

— Iré contigo.

— Ni hablar, además tienes clase.

Una vez más, Seiya puso aquel gesto, el mismo que el del Gato con Botas de la película Shrek, y Dayu no pudo resistirse a aquella mirada tan dulce e inocente.

— Por favor, juntos podemos lograrlo, no tienes por qué luchar solo... nunca más.

— Joder, deja de mirarme así —indicó Dayu torciendo los labios en una sonrisa, el arrebató de hace un momento se le había ido por completo— O tendré que ser... "muy malo" contigo, jovencito— terminó susurrando en la oreja de Seiya, el cual se ruborizó al instante. El efecto de Dayu Matsumura.

Tras asearse y vestirse, ambos fueron hacia la puerta dispuestos a marcharse. Justo en aquel instante se toparon con Saito y Noriko.

— ¿A dónde vais tan deprisa? —inquirió el primero.

— Vamos a visitar un centro psiquiátrico —anunció Dayu como si nada mientras guiñaba un ojo a Seiya, este se sorprendió. — Te lo explicaré luego, que... os divirtáis —terminó diciendo con sorna a la vez que miraba a Noriko, la cual apretó los labios y se cruzó de brazos.

Cruzaron el umbral pero Dayu se detuvo un momento y se giró. Ahora sonreía.

— Por cierto, ya te pagaré el espejo.

— ¿Qué espejo? —preguntó Saito sin comprender. Pero Dayu dio media vuelta y montó en la moto, Seiya hizo lo mismo, detrás de él mientras se ponía el casco.

— Saito te va a matar... —susurró Seiya, lo que hizo a gracia a Dayu, que ya se ponía el casco y arrancaba para salir a gran velocidad.

Cuando llegaron, era indiscutible negar que aquel lugar estuviera abandonado. Un gran edificio con las ventanas rotas y en un estado deplorable les aguardaba. Cualquiera persona en su sano juicio no entraría en un lugar así pero no era el caso de los dos góticos, sobre todo para Dayu, que enseguida se dibujó en su inmaculado rostro una cruel sonrisa de satisfacción. Adoraba los lugares así y Seiya lo sabía. Aquella situación les resultaba familiar y sin decir nada Dayu tomó la mano de su amante y le arrastró hacia el interior forzando un poco la puerta.

Dentro tan solo había una inquietante oscuridad bañada con la poca luz que asomaba tras las rendijas de las ventanas, que habían sido tapadas con algunos tabloncillos de madera.

— Joder, como en Silent Hill... —anunció Dayu mientras daba grandes zancadas alrededor de Seiya, tan contento como si a un chiquillo le hubiesen llevado a una feria.

— Ese juego da mucho miedo —reconoció Seiya— pero esto es... real.

A Seiya le temblaba la voz, estaba tieso como un palo y no se atrevía a moverse del sitio, manteniendo como era natural en él, los brazos contra su pecho en una actitud defensiva.

— Vamos, vamos, no te preocupes, es genial. Además esta vez es de día, no tengas miedo —dijo mientras le tomaba de los hombros. Seiya se avergonzó y asintió muy rápido con la cabeza. Solo él conseguía sacarle un poco de valentía, además no podía negar que le gustaba aquel ambiente oscuro, frío y tétrico.

— ¿Crees que tu hermano estuvo aquí?

— Eso dijo.

— Tuvo que ser horrible, criarse en un lugar así...

— Sin duda.

Dicho esto, Dayu se desprendió de la mochila que llevaba y sacó un par de linternas.

— Sólo nos falta una radio y ya tendríamos el kit de supervivencia del Silent.

Esto hizo gracia a Seiya y el miedo desapareció momentáneamente.

— Bueno, no creo que aquí encontremos enfermeras asesinas ni, madre mía... a ese ser, el que va arrastrando esa gran espada.

Seiya se refería a Pyramid Head, uno de los seres más malignos y depravados del videojuego, muy venerado por sus seguidores.

— Si lo encontramos, yo te protegeré —anunció con solemnidad Dayu mientras encendía su linterna y le daba la otra a Seiya. Este sonrió tímido, pues Dayu era para él su caballero negro de brillante armadura.

— Por favor esta vez... no te separes de mí.

— No te preocupes nene, lo prometo.

Pasaron por una especie de recepción. Todo estaba muy sucio, había papeles por el suelo y material de oficina desperdigados. Grandes telarañas colgaban de algunas esquinas del techo y las paredes se encontraban desconchadas. Llegaron hasta las escaleras y subieron, ya que las habitaciones debían estar arriba. Dayu quería averiguar donde estuvo Asher y se dejó guiar por su fiel instinto.

En las escaleras estaba más oscuro pero gracias a la luz de sus linternas subieron sin mucha dificultad. Únicamente se oían sus respiraciones y el crujir de sus pasos, ya que un inquietante silencio les envolvía.

— ¿Estás bien?

— Si...

— ¿No tienes frío? —bromeó Dayu recordando lo que sucedió en la fábrica, la primera vez que se entregó a él. En ese instante Seiya se hizo una bola, estaba rojo como un tomate pero gracias a la oscuridad era inapreciable. Tan solo pudo sonreír levemente, haciendo brillar sus ojos celestes.

Continuaron por un largo pasillo donde había habitaciones a ambos lados. Dayu posaba la mano en cada una de ellas, como esperando poder detectar algo. De pronto dieron con la enfermería y pasaron, allí había algo más de luz por lo que pudieron apagar las linternas.

Había camas volcadas y mucho material destrozado. Pero Dayu fue directamente a un armario donde encontró unos archivos.

— ¡Ajá! mira esto nene...

Tomó un mugriento papel entre sus largos dedos y se aclaró la voz para leer:

— [...] Un nuevo ataque del paciente de la 206. La víctima presentaba grandes costuras en la piel por lo que al paciente se le ha denegado el material y el acceso al taller de costura. [...] No cabe duda de que Azazel estuvo aquí, él y sus aficiones enfermizas. Ah...

De pronto Dayu dejó de hablar y se le cayó el papel de las manos, se sujetó la cabeza aquejándose de un fuerte dolor. Seiya se acercó a él y tomó sus brazos.

— Dayu ¿estás bien? —preguntó en tono de preocupación. Éste abrió los ojos, el dolor había cesado de repente.

— Sí, solo... joder es como si una aguja me hubiese taladrado el cerebro, pero ya ha pasado. — y no pudo evitar ver como Seiya le sujetaba los brazos con fuerza. Este se dio cuenta y le soltó muy despacio, se miró las manos.

— Tu poder lo ha detenido.

— Yo... no, yo solo... si no hice nada.

Pero Dayu chascó la lengua, sabía perfectamente lo que había ocurrido. Sólo el alma pura de Seiya era su alivio, su antídoto para el veneno que le corroía por dentro.

— Sigamos, quiero encontrar su habitación.

Abandonaron la enfermería para dirigirse por otro pasillo. Cada vez había más oscuridad por lo que ya solo veían lo que las linternas iluminaban. Tras palpar varias puertas, Dayu se detuvo.

— Es aquí.

— ¿Cómo lo sabes?

— Intuición.

Puso la mano en el pomo e intentó girarlo, estaba cerrada, por lo que inspiró profundamente y se concentró en el pestillo. Al segundo la puerta emitió un chasquido y giró el pomo para entrar. “Un juego de niños”, se dijo para sí.

La habitación era pequeña, tenuemente iluminada gracias a una ventana alta y estrecha, era lo más parecido a una celda de cárcel. La cama estaba ladeada, mugrienta y sucia, aún conservaba las correas donde probablemente ataban al paciente si este se mostraba violento, y en este caso, Dayu Matsumura sabía ya que se trataba de la habitación de su hermano. En el suelo había algunos restos de un espejo roto que se encontraba colgado en la pared. No había mucho, salvo la cama, el espejo, una mesita con cajones y un pequeño armario. Todo estaba desvencijado y antiguo. Había arañazos en paredes y en los muebles.

— Es aquí, no hay duda.

De nuevo el dolor de cabeza, arremetió contra él con fuerza.

— ¡Espera, no te acerques! —gritó hacia Seiya, quien asustado, quedó empotrado contra el armario mientras veía como Dayu se retorció de dolor, pero pronto este se quedó muy quieto, puso los ojos en blanco y una voz de ultratumba salieron de sus labios.

— Compartimos el mismo dolor, Alexander... pero tú preferiste ignorarme, a pesar de llevar mi sangre. Elegiste el camino equivocado, te aliaste con aquel que ni siquiera pertenecía a nuestra familia. Aquel que posteriormente te expulsó del Paraíso y te repudió. Yo te di cobijo, te di

aquello que anhelabas: poder y venganza... Observa a tu alrededor, observa las huellas del pasado, de mi contenedor, de tu propio hermano... ahora lo recuerdas, ¿no es cierto?

Como atraído por una fuerza que no podía controlar, Dayu se agachó para coger uno de los cristales, lo sujetó con tanta fuerza que se hizo sangre y lo dirigió hacia una de las paredes. Su brazo temblaba y comenzó a gruñir.

— No te acerques, Seiya... —dijo con dificultad, parecía como si una fuerza le controlase y Seiya sabía perfectamente quién era.

En la pared, Dayu comenzó a escribir unas letras que conformaron una única palabra.

FREDERICK

A continuación, Dayu abrió mucho los ojos y dejó caer el cristal al suelo, resopló pues parecía que ya era él mismo. Seiya se acercó.

— ¿Estás bien? Espera... —sin pensarlo dos veces, se rasgó la camiseta y con el trozo de tela le hizo un vendaje improvisado en la mano, ya que Dayu se había hecho un buen corte.

— Gracias... —sonrió con debilidad, luego observó la pared.

— Lo recuerdo.

— ¿Quién es Frederick?

— Es el verdadero nombre de Azazel —hizo una pausa— Seiya escucha, antes de ser un demonio, Azazel fue un ser humano, hará ya unos setecientos años más o menos. Él era mi hermano en aquel entonces, fue nuestro primer nacimiento.

— Primer nacimiento... vaya, ¿eso significa que tú también tienes más de setecientos años?

— Así es. Nuestra familia de aquel entonces era muy poderosa, Argos fue nuestro padre. Vaya, no lo recordaba todo a pesar de que estuve inmerso en el lago de los recuerdos...

— Ahí solo recordaste tu vida en el Inframundo.

Dayu asintió.

— Azazel guarda dentro de sí un resentimiento mucho mayor, algo que ya resulta irreparable. Su corrupción le convirtió en un demonio.

— Y tú te convertiste en un ángel.

— Cierto... nuestros caminos se separaron de nuevo, hasta hace veintisiete años, cuando nacimos de nuevo en el mundo humano... vaya, parece que estoy predestinado a estar unido a él... ¿te das cuenta?

Seiya negó con la cabeza.

— No importa el vínculo que tengáis, sois diferentes, créeme lo sé... además... —Seiya titubeó y miró hacia un lado avergonzado, sus mejillas se colorearon—... yo te quiero.

Era algo celestial, verle así y escuchar aquellas palabras salir de sus labios. El corazón del ángel de la oscuridad dio un vuelco. Dios, lo amaba con locura. Con paso firme se dirigió a él y apoyó las manos en la pared, a ambos lados de su cara. Seiya se hizo diminuto en aquel instante y Dayu le levantó la barbilla para que le contemplase, clavando en él sus ojos verdes cargados de renovadas esperanzas.

No era cruel, ni un masoquista, era fuego, un negro e hirviente fuego oscuro recubierto de una piel pálida, suave, perfecta, que envolvía un cuerpo extremadamente alto y atlético, delgado pero de músculos definidos. Su boca y sus labios eran tan sensuales que invitaban a ser besados hasta el infinito, a saborearlos lenta y dulcemente, jugosos y lascivos. Ahora, Seiya Ryusaki se encontraba atrapado entre ellos cuando Dayu se acercó lentamente para besarlo.

— Oh, Dios...

— Me llamo Dayu, cariño.

— Y... ¿cuál es? —Gimió Seiya— ¿la maldita diferencia?

Una sonrisa perversa dibujada en los labios del ángel de la oscuridad. Adoraba eso, que le elogiasen. Un punto más que se iluminaba en su panel incandescente de la arrogancia. Dayu le retiró la cabeza tirando un poco de su pelo moreno hacia atrás, para que le observase fijamente.

Sus ojos. Eso sí que le consumía, no podía mirarle fijamente durante mucho tiempo. Era como contemplar el frío y vacío universo, las montañas, los océanos, la vida y la muerte, todo junto. Aquel verde cristalino que ni las más brillantes esmeraldas podían hacerle sombra. Y ya sabía lo que aquella mirada significaba. Los latidos de Seiya resonaban como tambores incontrolados, pero esta vez, antes de que tan siquiera su ángel formulase la pregunta, él ya estaba dando su respuesta.

— Por favor... —suplicó— Hazme tuyo, Dayu... Alejandro Matsumura.

Su voz sonó tan dulce, una melodía, un canto que invitaba a la locura. Seiya dijo esta vez su nombre completo, y eso le volvía loco.

— Joder nene, te lo haré tantas veces que mañana cuando muevas ese culo en clase recordarás a Dayu Matsumura. —susurró con ronca voz.

— ¿Ah?

Seiya se quedó petrificado pero Dayu soltó una risotada, le gustaba jugar a eso. Decir algo así al inocente Seiya para ver su reacción, primero asustado, luego aquella sonrisa tímida, pues sabía que Dayu no le haría daño alguno. Confiaba en él ciegamente y quería dárselo todo, sentirle dentro de él.

— Pensaré en ti de todas formas —gimió de placer, Dayu recorría su cuello, lamiéndolo y mordisqueándolo, impetuoso. Apretó su erección que llegaba a la altura del vientre de Seiya.

— Tócalo nene...

Ahora era él quien suplicaba y Seiya no se hizo de rogar, tragó saliva y a la vez su vergüenza hasta lo más hondo de su estómago y acarició la virilidad de su amante. Dayu Matsumura gimió de placer, pero Seiya hizo algo más. Le ayudó mientras se desabrochaba los pantalones, Seiya respiraba entrecortadamente, se le saldría el corazón por la boca de un momento a otro por lo que tragó de nuevo para empujarlo junto con su timidez. Sujetó aquella increíble erección con ambas manos y se agachó para lamerlo. Primero suavemente, de abajo a arriba, como si se tratase de un helado, un helado que sabía a gloria, a Dayu Matsumura.

— Ah... joder... —gimió Dayu mientras cerraba con fuerza los ojos y echaba la cabeza hacia atrás, haciendo que todo su pelo rojizo cayese grácilmente por toda su espalda.

Cuando lo engulló por completo, Dayu comenzó a jadear y tomó suavemente el pelo de Seiya entre sus largos dedos, introduciéndolos por su nuca, que se erizó por aquella caricia.

A pesar de la poca experiencia del joven Seiya, este lograba llegar hasta el fondo, introduciendo en su garganta el increíble miembro. Dayu comenzó a mover las caderas para seguir el ritmo.

— Nene... vas a hacer que me corra.

Le observó y Seiya tenía las mejillas muy coloradas, en realidad todo su bello e inmaculado rostro lo estaba. Mantenía los ojos cerrados pero los abrió un instante para regalar a Dayu su mirada celeste. Era como contemplar el cielo, parecía un niño con una dulce y gran golosina metida en la boca.

— No pares, joder... mierda...

Ya estaba acostumbrado al malhablado lenguaje de Dayu, y eso solo podía significar una cosa. Que lo estaba gozando, que disfrutaba. Seiya aumentó el ritmo, chupando, succionando aquel miembro duro como el acero pero suave como una pluma. Se detenía en la punta para trazar círculos con su lengua y volvía engullirlo. Dayu tragó saliva, jadeaba. Seiya la detuvo un momento dentro, justo en el instante en que se corría, haciendo que su amante estallase de puro placer. A Seiya no le importó tragárselo, ya lo había hecho así otras veces y Dayu se alegraba por ello, pues odiaría tener que retirarse justo en ese instante. Quería dárselo todo a él, no desperdiciar nada. Al sacarla, Seiya sonrió pero aún tenía algo de aquel néctar blanco en sus gruesos labios. Dayu se agachó para limpiárselo con un cálido beso. A continuación le elevó haciendo que las piernas rodeasen sus caderas en un abrazo impetuoso, abrasador.

— ¡Ah!

Su fuerza siempre le asombraba y Seiya se sentía diminuto, frágil.

— Voy a recompensarte por tu gran acto, jovencito. — susurró clavándole aquella mirada ardiente y llena de deseo.

— Dios... —dijo nuevamente Seiya mientras se aferraba a su cuello. Esa reacción provocó que Dayu torciese sus labios en una media sonrisa. Le adoraba, a él y todos sus gestos de pura y bendita inocencia. Le besó.

— Mi niño, que dulce eres... —dijo en tono seductor. El pequeño cuerpo de Seiya temblaba, estremeciéndose y ruborizándose. — Dilo otra vez.

Sabía a lo que se refería, por lo que Seiya repitió de nuevo aquellas palabras, suplicantes y llenas de ferviente deseo.

— Por favor... Dayu, hazme tuyo.

Insaciable.

Tomando a Seiya entre sus brazos, contra la fría pared de aquella misma habitación habitada por el silencio y la muerte, Dayu tomó a su amante, poseyéndole, haciéndole perder por un instante su inocencia. Seiya gimió contra su boca y apresó los labios de su ángel, para saborearle, pero una embestida profunda le hizo llevar su cabeza hacia atrás. El jadeo hizo eco en la oscura estancia. Era algo increíble, inhumano, sentirle dentro de él. Seiya se aferró a su cuello con más fuerza y Dayu apoyó las manos en la pared mientras continuaba haciéndole cabalgar hacia el éxtasis.

Las voces demoníacas callaban, en aquel instante, pues Seiya era su cura para su alma atormentada. Nunca lo había deseado tanto. Y así se lo hizo saber justo cuando colmaron el acto, cuando se llenaron sus cuerpos de un placer indescriptible.

— Mi niño, mi dulce Seiya... no sabes lo mucho que te deseo, lo mucho... que te quiero. Cada vez que hago el amor contigo, siento que recupero una parte de mi inocencia perdida, de aquella bondad que yace oculta en el fondo de mi ser y que sólo tú pudiste descubrir— Le abrazó con fuerza— No lo permitiré... no te voy abandonar —susurró. Extrañado, Seiya le observó, sin entender sus últimas palabras. No sabía todavía que su amante conservaba un terrible secreto, su fatal destino de muerte. Y por mucho que lo intentase, Dayu no se lo podía quitar de la cabeza, pues sabía que quedaban pocos meses, sabía que Álex le había avisado sobre aquella fecha en la que su alma se desvanecería, para siempre.

— ¿A qué te refieres Dayu?

Este negó con la cabeza y sonrió.

— No importa cariño, joder... solo quiero vivir el maldito presente.

Se besaron con intensidad, con anhelo.

— Yo también te quiero. Y... todos tus tormentos, no serán más que un vago recuerdo en el futuro.

— "El futuro..." —pensó Dayu. Algo desconocido para cualquiera, y sin embargo, él sabía lo que le aguardaba el destino. Ahora lo que se planteaba era si podría cambiarlo, debía poderse, sino Álex no habría realizado ese viaje, para avisarle. "¿Puedo de verdad, cambiar mi destino?" Se preguntaba Dayu. Pero aun conociendo el detalle de su muerte, era incapaz de averiguar por el momento cómo cambiarlo. Tenía tiempo y debía pensar con la mente fría.